PRÓLOGO

25 de marzo de 510 a. C.

«Aquí se encuentra mi sucesor.»

Pitágoras estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Se hallaba inmerso en un estado de intensa concentración. Frente a él, seis hombres aguardaban expectantes.

Había traspasado límites inimaginables, controlaba el espíritu humano y las leyes del cosmos. Ahora su principal objetivo era que la hermandad que había fundado siguiera desarrollando esas capacidades cuando él no estuviese.

Inspiró profundamente el aire del templo. Era fresco y olía suavemente a mirto, enebro y romero, las hierbas purificadoras que habían quemado al inicio de aquella reunión extraordinaria.

Sin previo aviso, la firmeza de su ánimo se tambaleó con violencia. Su corazón estuvo un par de segundos sin latir y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para conseguir que no se alterara ninguno de sus rasgos. Sus discípulos más avanzados se encontraban junto a él, esperando a que emergiera de su meditación y les hablara. «No deben advertir nada», se dijo alarmado. Compartía con ellos la mayoría de sus premoniciones, pero no ésta. El presagio era demasiado tenebroso. Lo mortificaba desde hacía semanas, y seguía sin revelarle ningún detalle.

Exhaló el aire lentamente. La oscura fuerza del presentimiento se había multiplicado al entrar en el templo; sin embargo, no había ningún otro indicio que hiciera pensar que corrían peligro.

Los seis hombres que tenía enfrente, sentados en semicírculo y ataviados con sencillas túnicas de lino, pertenecían al grado más alto de la orden, el de los *grandes maestros*. A lo largo de los años ha-

bía desarrollado hacia ellos un afecto sólido y un profundo orgullo. Sus mentes se contaban entre las más capaces y evolucionadas de la época, y cada uno había hecho sus propias aportaciones al corpus pitagórico. No obstante, sólo aquél a quien nombrara sucesor recibiría sus últimas enseñanzas y con ellas ascendería otro peldaño entre lo humano y lo divino.

Su heredero espiritual, además, podría alcanzar un poder terrenal único en la historia. Sería el dirigente de las élites pitagóricas, que regían siguiendo los principios morales de su orden sobre un territorio cada vez más amplio. La hermandad ya se había extendido más allá de la Magna Grecia: gobernaba ciudades de Grecia continental, algunas poblaciones etruscas e incluso se estaban introduciendo en la floreciente Roma. Después vendrían Cartago, Persia…

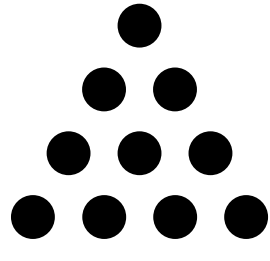
«Aunque no deben olvidar que el poder terrenal es sólo un medio.»

Pitágoras levantó la cabeza pausadamente y abrió los párpados.

Los seis discípulos se sobrecogieron. En los ojos dorados del maestro ardía un fuego más intenso de lo habitual. Su cabello, de un blanco níveo, caía en cascada sobre sus hombros y parecía resplandecer al igual que su espesa barba. Tenía más de setenta años, pero mantenía casi intacto el vigor de la juventud.

–Observad la *tetraktys*, clave del universo –la voz de Pitágoras, profunda y suave, resonó en el solemne espacio del templo circular.

En la mano derecha sostenía una vara de fresno. Con ella señaló hacia el suelo de mármol, donde había desenrollado un pequeño pergamino entre él y sus discípulos. Mostraba un sencillo dibujo. Una figura triangular formada por cuatro filas de puntos. La de la base contenía cuatro puntos, la siguiente tres, había otra de dos y finalmente una cúspide de un solo punto. Estos diez puntos ordenados en triángulo eran uno de los símbolos fundamentales de la orden.



Continuó hablando con majestuosa autoridad.

–Durante los próximos días dedicaremos la última hora a analizar el número que contiene a todos: el diez. –Realizó con la vara un movimiento circular alrededor de la *tetraktys*–. El diez contiene también la suma de las dimensiones geométricas –dio un toque con la vara a los diferentes niveles dibujados en el pergamino–: uno el punto, dos la línea, tres el plano y cuatro el espacio.

Se inclinó hacia delante e intensificó la mirada. Cuando volvió a hablar, su voz se había vuelto más grave.

–El diez, como sabéis, también simboliza el cierre pleno de un ciclo.

Las últimas palabras las pronunció mirando a Cleoménides, el discípulo sentado a su derecha. Éste tragó saliva conteniendo un arrebato de orgullo. Era evidente que Pitágoras estaba hablando de retirarse y de quién lo sucedería. Cleoménides, de cincuenta y seis años, sabía que él era uno de los principales candidatos. Notable matemático, aunque quizás no el más brillante, destacaba sobre todo por un férreo cumplimiento de las rigurosas reglas morales de la orden. También por su peso político, pues procedía de una de las principales familias aristocráticas de Crotona y manejaba con hábil diplomacia los asuntos de gobierno.

El semblante de Pitágoras se dulcificó sin llegar a esbozar una sonrisa. Cleoménides era el principal candidato, pero no iba a precipitarse en tomar la decisión final. Antes debía analizar el comportamiento de todos tras haberles desvelado que estaba considerando el tema de la sucesión. Aunque el proceso completo podía dilatarse unos meses, ahora tenía que estudiar su primera reacción, la más reveladora.

Desplazó la mirada a Evandro, que le respondió con una expresión sincera y satisfecha. Se trataba de uno de los miembros más jóvenes de su círculo íntimo, sólo tenía cuarenta y cinco años. Su padre había sido un comerciante de Tarento que viajaba regularmente a Crotona. Evandro era su segundo hijo y solía acompañarlo para aprender el negocio; pero un día, veinticinco años atrás, asistió a un discurso de Pitágoras e inmediatamente decidió incorporarse a la orden. El padre fue a protestar enérgicamente ante Pitágoras. Media hora después salía de la comunidad feliz de dejar allí a su hijo,

convirtiéndose él mismo en un iniciado que asistió regularmente a la comunidad hasta que su vida se apagó.

Evandro, corpulento y vigoroso, mantenía la devoción del primer día y también algunos destellos de su fuerte impulsividad natural, aunque muy atemperados por la sabiduría alcanzada.

«Necesita todavía varios años de práctica para lograr un autodominio completo.»

Igual que diez eran los puntos contenidos en la *tetraktys*, diez estatuas de mármol contemplaban al maestro y los discípulos. La diosa Hestia, detrás de Pitágoras, tenía a sus pies el fuego sagrado que nunca se apagaba. A lo largo de la pared, Hestia formaba un círculo perfecto con las otras nueve estatuas, que representaban a las nueve musas a las que estaba consagrado aquel santuario: el Templo de las Musas.

Frente a Pitágoras, con la musa Calíope tras él y mirando a su maestro con sobria reverencia, se encontraba Hipocreonte. Sus sesenta y dos años lo convertían en el discípulo de grado máximo de más edad. Nativo de Crotona, desde muy joven se había alejado de las ocupaciones de su familia –la política y el comercio– para dedicarse a la filosofía. Tenía vocación de ermitaño y apenas salía de la comunidad, aunque las raras excepciones en que lo hacía utilizaba su particular carisma para lograr conversiones provechosas. Sus relaciones familiares eran muy interesantes para la orden. Sus tres hermanos formaban parte del Consejo de los 300 –el máximo órgano de gobierno de Crotona–, y habían sido iniciados en el pitagorismo por el propio Hipocreonte. De vez en cuando acudían a la comunidad y seguían muchos de los preceptos, además de gobernar en bloque con los otros consejeros pitagóricos.

«Hipocreonte, si a tu naturaleza no le repeliera la política como al gato el agua, podrías ser mi principal candidato.»

En pocos años el movimiento pitagórico podía llegar a convertirse en un imperio. El primer imperio filosófico y moral de la historia. Su dirigente tenía que poseer grandes aptitudes políticas.

Cuando iba a pasar al siguiente candidato, Pitágoras tuvo que detenerse. Inclinó la cabeza hacia la *tetraktys* y cerró los ojos. Una sensación extraña le subió por la espalda y los brazos erizando el vello de su piel. Dejó la mente en blanco para facilitar que el presagio

cobrara forma. Enseguida vislumbró el mismo manto de oscuridad que las últimas veces. Al cabo de un rato, sin embargo, no había logrado distinguir nada más y finalmente desistió. Recobró el dominio completo de sí mismo y alzó la vista.

Con la espalda flanqueada por las magníficas estatuas de las musas Polimnia y Melpómene, Orestes se removió inquieto al recibir la penetrante mirada de su maestro.

«No consigues perdonarte a ti mismo lo que hace mucho que expiaste», se lamentó Pitágoras.

Había aprendido de los caldeos a ver el interior de las personas a través de los gestos, la fisionomía, la mirada o la risa. En Orestes percibió desde el principio la culpa y el arrepentimiento. Siendo un joven político había robado oro aprovechando que ocupaba un cargo público. Pagó por ello y después quiso entrar en la comunidad. Pitágoras lo analizó con escepticismo, pero se sorprendió al acceder a su interior. Supo instantáneamente que nunca volvería a cometer un acto inmoral. Antes de pasar por los procesos de purificación que él enseñaba, Orestes había borrado de su interior toda inclinación egoísta o codiciosa. Cuando completó los tres años de oyente y ascendió al grado de matemático, Pitágoras comprobó que sus dotes para los conceptos numéricos eran excepcionales.

«Quizás seas el que mejor aúna capacidad matemática y moral, pero si ostentaras el poder la mancha de tu pasado podría ser una peligrosa arma política en tu contra.»

El siguiente en el círculo era Daaruk. Había nacido en el reino de Kosala, uno de los dieciséis Mahajanapadas, los Grandes Reinos alrededor de los ríos Indo y Ganges. Su tono de piel, algo más oscuro que el de los griegos, era lo único que lo revelaba. Se había instalado con su padre en Crotona con sólo once años y hablaba en perfecto griego sin acento. Ahora tenía cuarenta y tres años, dos menos que Evandro, lo que lo convertía en el miembro más joven de la élite pitagórica. Sus dotes intelectuales habían destacado desde el principio.

«Sin embargo, es improbable que lo haga sucesor.»

No era sólo porque nombrar líder a un extranjero podría ocasionar fricciones en la orden. Daaruk tenía una mente brillante y era un fiel seguidor de las normas morales, pero, quizás por su juven-

tud, más de una vez había mostrado cierta vanidad. Además, en los últimos años se había vuelto un tanto perezoso.

El último del grupo lo miraba con intensidad.

Aristómaco tenía cincuenta años y llevaba treinta con él. Extraordinario matemático, su devoción a la orden estaba fuera de toda duda.

«Daría la vida por la causa sin vacilar.»

Pitágoras nunca había conocido a nadie con semejante ansia de saber. Nadie que tuviera tanta necesidad de sus enseñanzas. Había absorbido cada concepto de la doctrina como si fuera la última gota de agua, y enseguida comenzó a aportar notables contribuciones.

«Con una personalidad fuerte sería el candidato perfecto.»

Pero no la tenía. Con cincuenta años era tan inseguro y nervioso como un chiquillo asustado de diez. Procuraba no salir nunca de la comunidad, y desde hacía tiempo Pitágoras no le pedía que diera discursos públicos.

Suspiró y recorrió el grupo con la mirada en sentido inverso, sin detenerse más tiempo en ninguno de los grandes maestros: Aristómaco, Daaruk, Orestes, Hipocreonte, Evandro y Cleoménides. Después agachó la cabeza.

«Probablemente Cleoménides será el elegido. Tomaré mi decisión dentro de unos meses.»

Asintió con firmeza, pensando en sus planes de futuro.

«El elegido cambiará el mundo.»

Cogió con ambas manos la copa ancha que aguardaba en el suelo frente a él. Contenía un mosto claro a través del cual podía ver la figura tallada en su interior: el pentáculo. La estrella de cinco puntas inscrita en un pentágono. Otro de los símbolos sagrados de su orden que ocultaba grandes secretos de la naturaleza. En este caso, como era frecuente entre los pitagóricos, se había añadido una letra de la palabra salud en cada una de las puntas.

Miró hacia delante. Las sombras de sus discípulos ondulaban en la pared al ritmo del fuego sagrado. Las musas resplandecían tras ellos con el tono anaranjado que les prestaban las llamas.

–Alcemos las copas por Hestia, diosa del hogar, por las musas que nos inspiran y por la *tetraktys* que tanto nos revela.

Los seis discípulos tomaron sus copas y las elevaron con reverencia frente a sus ojos. Las mantuvieron en alto unos segundos y después bebieron todos a la vez.

Pitágoras depositó su copa de arcilla roja en el suelo y se pasó una mano por la barba. A su derecha alguien dejó la copa con brusquedad. El maestro giró la cabeza siguiendo el sonido.

Cleoménides lo estaba mirando intensamente, abriendo tanto los ojos que parecía que se le iban a salir.

«¡¿Qué…?!»

Antes de que Pitágoras completara el pensamiento, su discípulo preferido se inclinó hacia él tratando de agarrarlo del brazo. La mano rígida se detuvo a medio camino. Intentó hablar, pero sólo pudo emitir un gorgoteo que le llenó la boca de espuma. Su cuello, rojo e hinchado, estaba surcado de venas grotescamente abultadas.

En medio del sagrado Templo de las Musas, Cleoménides se desplomó sin vida.

CAPÍTULO 1

16 de abril de 510 a. C.

Akenón, sin desviar la mirada de la pequeña copa de cerámica que contenía su vino, observó con el rabillo del ojo al posadero. Éste se acercó a su mesa hasta quedar a un par de pasos, titubeó y volvió a alejarse. No le gustaba que un cliente estuviera tanto tiempo sin ni siquiera beberse la primera copa, pero no se atrevía a molestar a un extranjero, seguramente egipcio, que además de sacarle una cabeza iba armado con una espada curva y un puñal que no se molestaba en ocultar.

Akenón volvió a ensimismarse, ajeno al ambiente lúgubre de aquella posada. Llevaba allí dos horas y todavía permanecería varias más, pero a partir de que se pusiera el sol estaría en compañía de alguien que jamás habría entrado en ese antro por voluntad propia.

Acarició distraídamente la superficie de la copa y después dio un pequeño sorbo. El vino era sorprendentemente digno. Sin levantar la cabeza, recorrió la sala con la mirada.

«Esta noche acabará todo.»

La mayoría de las leyendas se van exagerando hasta alejarse completamente de la realidad. «Pero en el caso de los sibaritas casi todo es cierto», pensó Akenón.

Síbaris era una de las ciudades más populosas que había conocido en su ajetreada vida. Decían que contaba con trescientas mil almas, y tal vez fuese verdad. El resto de los mitos, no obstante, sólo eran ciertos en la parte de la ciudad más cercana al importante puerto. Allí residía la mayoría de los aristócratas, dueños de casi toda la fértil llanura en la que se asentaba la ciudad, y poseedores de una flota comercial que sólo palidecía ante la de los fenicios.

Los aristócratas sibaritas eran tal como se decía: vivían para el placer, el lujo y el refinamiento. Buscaban la comodidad hasta el punto de no permitir que en su parte de la ciudad se instalaran herreros o caldereros ni se acuñara moneda. Aunque huían del trabajo como de la peste, no descuidaban el control sobre el poder, que ejercían directamente, ni sobre el comercio, que manejaban a través de empleados de confianza. Llevaban dos siglos acumulando riqueza, de lo cual Akenón estaba encantado, pues gracias a ello le habían encargado la investigación mejor pagada de su vida.

Hacía un rato que había oscurecido cuando una silueta se recortó en la entrada de la posada. Localizó a Akenón, hizo un gesto sobrio de reconocimiento y volvió a salir. Un minuto después entraron varios sirvientes seguidos por un personaje encapuchado. De poco le servía ocultarse bajo una capucha cuando estaba envuelto en lujosas telas de raso y terciopelo, y cuando su cuerpo era el doble de voluminoso de lo normal.

Un esclavo se apresuró a desplegar un amplio taburete con asiento de tiras de cuero entrelazadas. Colocó encima un grueso cojín de plumas y el encapuchado se sentó frente a Akenón haciendo un gesto de incomodidad. Los sirvientes lo rodearon, unos pendientes de sus deseos, otros ejerciendo de guardaespaldas. El posadero hizo amago de acercarse e inmediatamente se lo impidieron.

Akenón levantó la copa hacia el recién llegado.

–Te recomiendo el vino, Glauco. Es bastante bueno.

Glauco hizo un gesto de desprecio a la vez que se bajaba la capucha. Él sólo bebía el mejor vino de Sidón.

Akenón observó con inquietud a su compañero de mesa. Se retorcía las manos, rechonchas y húmedas. La papada ocupaba el lugar donde debía haber estado el cuello y por sus mofletes carnosos caían gotas de sudor. Los ojos, engañosamente tiernos, se movían con rapidez como si fuera incapaz de fijar la mirada.

«Me temo que esta noche voy a descubrir un Glauco nuevo.»

Un viejo y desagradable recuerdo, de cuando vivía en su Egipto natal, asaltó a Akenón. Hacía unos veinticinco años había resuelto brillantemente una investigación policial. Gracias a ello lo contrató el propio faraón Amosis II. En teoría para formar parte de su guar-

dia privada, pero la realidad era que debía investigar a miembros de la corte y nobles con excesivas ambiciones. Akenón destapó pocos meses más tarde una conspiración organizada por un primo del faraón. Amosis II lo felicitó efusivamente y el joven Akenón se hinchó de orgullo. Al día siguiente asistió al interrogatorio del pariente conspirador. Tras las preguntas y amenazas de rigor comenzaron los golpes. Después aparecieron enfermizos artilugios metálicos y aquello degeneró en una sádica tortura. Akenón se puso tan enfermo que dejó que fueran otros los que preguntaran. Media hora más tarde ni siquiera se hacían preguntas. No abandonó la sala porque habría sido un signo de debilidad inaceptable, pero dejó la vista perdida a unos metros del interrogado, procurando evitar que las imágenes de la carnicería se grabaran en su cerebro. Sin embargo, no pudo hacer nada para mantener fuera los gritos. Ahora, cada vez que despertaba empapado en sudor, el eco de aquellos espantosos alaridos permanecía largo rato retumbando en su cabeza.

No volvió a asistir a un interrogatorio, ni se lo pidieron, pero pasar de nuevo por algo similar era uno de sus temores más profundos.

Glauco lo sacó de aquellos recuerdos.

–¿Cuánto tiempo hay que esperar? –El semblante del sibarita reflejaba una desesperación febril.

Aunque ya se lo había explicado detalladamente, Akenón respondió con paciencia.

–Tarda entre cuatro y seis horas en descomponerse con el calor de la piel. Como hace bastante frío, quizás requiera un par de horas más.

Glauco gimió y enterró la cara en las manos. Aún tenía que esperar horas, y cada minuto le resultaba un tormento insufrible.

CAPÍTULO 2

16 de abril de 510 a. C.

A UN PAR DE HORAS de distancia de Síbaris, Ariadna cenaba en silencio con sus dos acompañantes. Estaban en una pequeña posada, sentados en una esquina del comedor. Siempre procuraba situarse de modo que no quedara nadie a su espalda.

Al entrar había echado un vistazo rápido. Todos los presentes parecían inofensivos, excepto los dos hombres que ahora estaban situados delante de ella, a seis o siete metros. Sus voces ruidosas y ebrias destacaban sobre las conversaciones del comedor. De vez en cuando lanzaban miradas alrededor de modo desafiante, y bajo sus ropas se adivinaban sendos puñales. Ariadna comía sosegadamente, sin mirarlos, pero permanecía atenta a su comportamiento.

También ellos se habían fijado en Ariadna. Especialmente el más pequeño de los dos, Periandro, que no podía evitar que sus ojos se dirigieran una y otra vez a la joven que cenaba enfrente de él. Su pelo claro le llamaba la atención y notaba que bajo su túnica blanca se ocultaban unos pechos grandes y firmes. Bebió otro trago de vino. Estaba celebrando con su compañero una buena operación. Regresaban de trasladar una mercancía robada, que era a lo que se dedicaban habitualmente. Por este asunto habían cobrado lo suficiente para dedicarse sólo a gastar dinero durante un par de semanas. O quizás una, todo dependía de cuánto derrocharan. El día antes, por ejemplo, habían desembolsado una buena cantidad en un prostíbulo de Síbaris. Periandro se relamió al recordar a la esclava egipcia que había poseído violentamente a cuatro patas. Le encantaría hacer lo mismo con la mujer del pelo claro.

Ariadna, sin apartar la vista de su comida, percibió que uno de los hombres dirigía hacia ella su repulsiva lujuria. Se estremeció

de asco y apretó las mandíbulas. Entonces cerró los ojos y un instante después estaba completamente relajada. Aunque sus silenciosos acompañantes eran hombres de paz, ellos no eran lo único que la protegía.

Periandro se inclinó hacia su compañero sin dejar de mirar a Ariadna.

–Antíoco, mira a esa mujer –la señaló con la cabeza–. Me está volviendo loco. Parece la mismísima Afrodita.

–Es una grata visión –convino Antíoco en voz baja.

–Fíjate en los inútiles que la acompañan. –Los miró con un desprecio agresivo–. Podemos dejarlos fuera de combate con una mano atada a la espalda. Si organizamos bien la emboscada ni siquiera les daría tiempo a gritar. ¿Qué te parece? –Vio que Ariadna se chupaba los dedos con sus labios carnosos y sintió que su deseo se multiplicaba–. Dime que sí, porque voy a forzar a esa hembra aunque tenga que arreglármelas solo.

Antíoco se sobresaltó y agarró a Periandro de la túnica.

–¡Calla, loco! –musitó–. ¿Es que no sabes quién es?

Periandro miró sorprendido a su fornido compañero. Antíoco se arrimó aún más y cuchicheó en su oído la identidad de la voluptuosa joven.

El rostro de Periandro palideció bruscamente. Miró a Ariadna de refilón, agachó la cabeza y apoyó la frente en una mano ocultando su cara.

–Vámonos –susurró.

Antes de que Antíoco respondiera, se levantó procurando no hacer ruido y salió del comedor a toda prisa.

Ariadna continuó cenando sin molestarse en levantar la vista.

Sigue leyendo en la librería